



Editorial

Ir. Paulo Petry, FSC
Presidente de la CLAR

Con este número de la Revista, la CLAR apunta algunos senderos que nos llevan a la escucha de los clamores de la vida, destacando la fecundidad de los sujetos emergentes en América Latina y El Caribe. Esos senderos no se originan en la experiencia y la reflexión de una persona sola, sino en un grupo de Religiosas y Religiosos que los reflexionan conjuntamente, a través de textos, apuntes y temas nacidos de la lectura de la Palabra, de la realidad, de la misma vida de los sujetos que aquí comparten sus experiencias y reflexiones.

Con alegría acogemos la reflexión teológica, las perspectivas y los subsidios para nuestro peregrinar aquí presentados por ellas/os desde diversos contextos de nuestro continente. Destacamos esta vez la presencia de *Pierre Jubinville, CSSp, Sofía Chipana Quispe, RRTTTT, Sandra Henríquez, CM y Eleazar López Hernández, Pbro*, quienes a partir de distintos puntos de vista abordan la Misión, las Nuevas Generaciones en la Vida Religiosa y la Vida Religiosa indígena.

De esta forma, Pierre Jubinville nos recuerda que “la misión es el proceso de la apertura radical al entorno y a Dios mismo”. Él nos invita a abrir nuestra vida y nuestra comunidad tanto al Dios de la Vida que nos habla en las Escrituras,

como al entorno donde Él clama, en muchos lugares y variadas formas. Nos desafían y nos retan los nuevos escenarios, donde somos llamadas/os a asumir la misión como un proceso de apertura radical. Ciertamente que todo este proceso es para cada Religiosa/o personalmente y de modo especial para las Comunidades, una aventura humana y espiritual, en ambos sentidos.

Mientras tanto, al asumir esta apertura necesaria, somos conscientes de que optamos por nuevos estilos de vida, donde la sociedad quizás nos vea desde nuevas perspectivas, tal vez de forma más completa, gracias a que estamos más presentes en esta misma sociedad. También somos conscientes de que con esta apertura “perdemos algo de nuestra intimidad”, algo de la privacidad propia del claustro. Y aquí cabe el cuidado de que, al abrirnos para la misión, no perdamos nuestra identidad, o características importantes de ella. Cuando la Vida Religiosa “pierde” el espacio privado del claustro y no crea un espacio apropiado para la persona de la Hermana y del Hermano, ésta probablemente tendrá que crear el propio espacio, dentro o fuera de la comunidad.

Abiertos al proceso misionero, las/os Religiosas/os somos llevadas/os a reconocer al Dios de la Vida tanto en la Palabra como en el entorno donde esta Palabra se sigue encarnando. En este proceso dejémonos alumbrar por la presencia divina, que nos hará profetizar con mayor vigor, testimoniando la mística que caracteriza al verdadero profeta que habla en nombre del Señor. Y muy bien sabemos que para hablar a nombre de alguien, primero lo tenemos que escuchar con atención, afecto, ilusión, lucidez, compasión, y con un espíritu despejado. Una vez que sepamos escuchar a Dios donde la vida clama, podremos abrirnos personal y comunitariamente a la misión, podremos salir del “claustro” seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas.

La comunidad siempre ha sido el lugar reservado donde las personas consagradas se podían encontrar, compartir su vida, sus pesadillas y esperanzas, sus dolores y alegrías, sus luchas y conquistas, sus gritos y preces. Este sagrado espacio fue y sigue siendo para la Vida Religiosa un lugar privilegiado para el encuentro con lo Sagrado. Cuando se “acaba con el claustro”, el espacio comunitario parece debilitarse, se torna demasiado abierto, y ya uno no logra encontrar-se con la Hermana, con el Hermano. En los espacios demasiado abiertos uno se encuentra con facilidad con muchos, pero superficialmente. Sin el debido cuidado, el encuentro en profundidad con los que conforman la comunidad, se torna difícil,

raro y a veces imposible. En situaciones así, cuando el espacio del encuentro entre Hermanas/os se reduce o desaparece, no es de extrañar que poco a poco el mismo Dios se quede fuera de este contexto, seguramente no por su opción, sino porque ya no le damos el espacio que le corresponde. Lo que las personas consagradas encontraron en la comunidad desde sus orígenes –la gracia del encuentro, el abrazo afectuoso, las relaciones significativas y el soporte sororal/fraterno para la misión–, siempre de nuevo hay que buscarlo, luchar por no perderlo, construirlo día a día, y por supuesto, en todo esto, atención especial merece la misma vida espiritual, la búsqueda de lo sagrado, el encuentro de intimidad con el Único Absoluto.

Se dice que las nuevas generaciones a veces tienen tendencias retrógradas... Yo diría, que la verdadera búsqueda de lo sagrado no es y no puede ser retrógrada. Tal como sucedía a anteriores generaciones, también los nuevos sujetos tienen sus ansias de buscar el infinito, unos a través de nuevas dinámicas de aproximación a lo sagrado (técnicas de contemplación, rituales y ambientes especialmente reservados o creados para momentos de unión muy íntima personal o comunitaria con el Señor), otros rescatando prácticas religiosas conocidas desde hace siglos (el rezo del rosario, la adoración al Santísimo Sacramento, la participación en procesiones, las letanías). No está fuera de moda buscar nuevos y antiguos espacios de encuentro con Dios, de relación con el Absoluto, tanto en lo reconocidamente sagrado, como en lo divino que se revela en lo humano.

Quizás, todavía la VR poco ha sabido utilizar espacios y maneras de asumir las nuevas formas de presencia de lo sagrado en nuestra realidad. El mundo, en constante cambios y con los avances tecnológicos propone valores y anti-valores, discute y vende ideas. Y es en y desde este mundo de donde provienen las nuevas generaciones de la Vida Religiosa de América Latina y El Caribe. Con *Sandra Henríquez, CM*, podemos afirmar que “son generaciones que ven constantemente cómo los espacios de poder, de transmisión de ideologías se van desmascarando dando paso a una realidad constantemente descubierta y expuesta al Facebook y al Chat, donde los límites entre lo público y lo privado se pierden y con ello el derecho a la intimidad”.

Aprovechémonos pues de estos espacios para hacer presente lo sagrado, reconocerlo en donde se manifiesta, ya no solo en el claustro, aunque también y especialmente allí. De los actuales medios de comunicación no seamos tan solo

consumidores, sino productores, autoras y actores, para así ser presencia, y dar mayor visibilidad a nuestra misión, nuestra espiritualidad, nuestra sororidad\fraternidad, nuestra mística y profecía.

Vuelvo a insistir en que en los procesos de apertura a la misión, el espacio de lo sagrado en las comunidades religiosas es algo que no podemos relativizar. Una comunidad que cultiva su vida espiritual seguramente saldrá fortalecida para su misión, saldrá fortalecida en su testimonio del Reino que proclamará a través de gestos, palabras, actitudes y procedimientos. Oigamos a Dios donde la vida clama, y proclamemos su presencia a donde quiera que Él nos envíe, utilizando los medios que nos proporciona.